

ca. No hay que decir que no faltaron milagros, dando motivo á ellos, principalmente, la dificultad de proveerse de los artículos mas necesarios á la vida material (1).

El biógrafo de San Columbano nos dice que el representante del rey Gontran y jefe de la fuerza armada de los pueblos establecidos entre el Jura y los Alpes era un tal Valdeleno (ó Vandamaro, como le llama Fredigaro), que residia, al parecer, en Besanzon. Su esposa era Flavia, y no teniendo hijos imploraron la intercesion del santo, que accedió á dársela bajo la condicion de que dedicarían el primer hijo á la Iglesia. Así fué; Dios les concedió un hijo, que fué llamado Donato y ocupó á su tiempo la sede episcopal de Besanzon, donde fundó, al otro lado del Doubs, el convento llamado Palacio. Otro hijo tuvieron, que llamaron Ramelena, el cual ocupó el puesto de su padre á la muerte de éste y fundó á orillas del riachuelo Movisana un convento de la regla de San Columbano, del cual fué el primer abad Siagrius. Su madre Flavia, cuando quedó viuda, fundó en la misma ciudad de Besanzon un convento de monjas, llamado de Santa María. De este ejemplo se puede inferir lo que á veces valió á la Iglesia y al cristianismo la conquista de una mujer y de una sola familia.

En aquel tiempo cae tambien la activa correspondencia entre los reyes francos y el papa Gregorio el Grande, que dirigió la Iglesia desde el año 590 hasta 604. Ni antes ni despues hasta el reinado de Pipino ha sido tan frecuente esta correspondencia entre los soberanos francos y la Santa Sede.

Childeberto solicitó un vicario pontificio para su reino y que el papa nombrase para este puesto al obispo Virgilio de Arles. El papa le complació en ambos conceptos, y al enviar el palio al nuevo vicario, encargóle proceder enérgicamente contra la inícuca y fatal simonía, diciendo: «He observado que en la Galia y Germania (2) no se consagra ningun obispo sin que pague antes valores mundanos; que los seglares son consagrados obispos sin pasar antes por los grados inferiores,» etc. Luego recomienda la reunion de sínodos (en carta del año 599) para restablecer la disciplina eclesiástica; y en otra carta posterior pide auxilios para su obra de convertir los anglo-sajones en Inglaterra.

Tambien continuó la correspondencia entre el rey Childeberto y el emperador de Oriente y sus representantes en Italia, sobre la alianza con los longobardos y la entrega de su hijo Atanagildo, que estaba retenido en Constantinopla en rehenes, al parecer como garantía del cumplimiento de las promesas de Childeberto. Este último habla en correspondencia de los longobardos con la misma fiera y mentida indignacion con que en su tiempo el primer Clodoveo hablaba de los visigodos, diciendo en una carta que la mano de Dios se servirá de los francos para caer sobre aquella gente execrable y vengar sus perfidias contra la religion y la fe (3). En otra carta pide Childeberto que el patriarca de Constantinopla excite al general gobernador (exarca) bizantino Smaragdo, en Rávena, á que coopere con él contra los longobardos.

En Constantinopla sabian, no obstante, lo que valia todo esto en boca de un rey franco. El emperador y sus ministros reconocen en sus cartas la fe cristiana y católica ortodoxa del rey franco, á quien el emperador trata de «Vuestra Cristiandad,» y como tal rey cristiano le excita en una carta á que

(1) Los monjes, que eran en número de sesenta en el convento de Fontanes, debian cultivar por sí mismos la tierra, hacer leña, roturar las tierras y fabricarse todo lo relativo á la vida, teniendo que satisfacer á menudo el hambre con cortezas, yerbas y bayas silvestres; pero hacian tambien cerveza, como en Inglaterra é Irlanda.

(2) La sometida á los francos, es decir, las antiguas provincias romanas Germania Alta y Baja.

(3) Por ser arrianos.

cumpla sus compromisos de aliado pagado (4) para «librar la Italia» del infame pueblo longobardo, como obra piadosa y beneficiosa para el alma de Childeberto. El autor de esta carta no era el mismo emperador, sino el exarca Smaragdo ó el patricio Romano, que en una carta posterior (5) se refiere á otra que por los datos que cita es la que aquí extractamos. Dice que á fin de impedir que el nefando pueblo longobardo dirigiera toda su fuerza armada contra los francos cuando éstos fueron á atacarle en Italia, los imperiales le habian quitado las plazas de Módena, Altino y Mántua; luego el autor de la carta se queja amargamente de la informalidad solapada de los francos, diciendo: «Mientras nos hemos abstenido escrupulosamente de toda negociacion separada con el enemigo, y en cambio hemos procurado con toda diligencia acudir con el ejército imperial, los contingentes italianos y la escuadra de guerra (fluvial en el Tesino) para tomar en union de los francos la ciudad de Pavía y hacer prisionero al rey Autaris, el jefe de las fuerzas francas, Quedino (6), estaba negociando ocultamente con él para concertar la paz, y en lugar de unirse con sus fuerzas á las imperiales, acampadas solo á 20 millas de distancia (29'57 kilómetros) cerca de Verona, pactó con el enemigo una paz por diez meses sin la menor consideracion á nosotros, ni hacer el menor caso de nuestras cartas, avisos y súplicas, cuyas copias acompañamos. No obstante hallarse el ejército franco en el mejor estado sanitario, con víveres sobrantes, volvió á su país por el mero capricho de su jefe. Con razon sentireis la gloria y los beneficios que os ha hecho perder esta conducta, porque á haberse mantenido firme un poco mas vuestro ejército, la Italia se veria libre del maldito pueblo longobardo, y vos tendríais ahora todo cuanto posee su rey Autaris, pues los longobardos ni estaban ya seguros detrás de sus murallas, ni se atrevian á hacer frente á los francos fuera de ellas; y así, aunque tarde, habríais (además del botin indicado) cumplido con vuestras promesas. Esperamos, pues, que por lo menos ahora enviará Vuestra Cristiandad, conforme estabais obligado á ello, jefes que cumplan vuestras órdenes y no hagan como aquellos que no las ejecutaron, á fin de amparar á la gente cristiana (léase católica), volver á abrir las iglesias (añádase: al culto católico), pues los longobardos las habian aplicado al culto suyo arriano) y salvar á los sacerdotes que se han librado de la matanza; todo lo cual conviene hacer en tiempo oportuno antes que este fatal pueblo haya recogido las cosechas de los campos, y mas ahora, que hemos conquistado todavía otras ciudades como Parma, Reggio y Piacenza, con sus jefes y muchos otros longobardos, y á fin de que cobreis vos la mejor parte del premio.»

Despues de echar este cebo al codicioso franco, le pide que dé libertad á los romanos pacíficos libertados del poder de los longobardos pero á quienes los francos habian saqueado y conducido á su país en calidad de esclavos y de botin, en lugar de hacer la guerra á los longobardos, y dice: «Hacedlo para bien de vuestra alma, de vuestros hijos y nietos, y entonces cumplireis tambien con los deseos del emperador cristianísimo, vuestro padre (léase: que os mira con afecto paternal), y con los pactos que habeis jurado, segun los cuales debeis dar libertad á estos prisioneros.»

En esta correspondencia vemos que los jefes longobardos de las tres ciudades Parma, Reggio y Piacenza se presentaron al exarca bizantino en Mántua para someterse al emperador dando sus hijos en rehenes. El exarca regresó de allí

(4) N.º 64 en la coleccion de Bouquet: *Scriptores rerum Gallicarum et Francicarum*. Paris, 1738.

(5) N.º 65 en la coleccion de Bouquet. La carta se refiere á la expedicion del año 590.

(6) Del cual hablamos al referir la expedicion de los francos.

á Rávena, y marchó luego á la provincia de Istria contra Grasulfo, jefe de los hombres de armas longobardos, cuyo hijo del mismo nombre, deseoso de mostrarse, aunque joven, mejor que su padre (cuyo puesto deseaba ocupar bajo la soberanía del emperador), corrió al encuentro del exarca, al cual se sometió con los hombres principales que le acompañaban y con toda su hueste. Tambien se presentó al exarca el jefe longobardo Nordulfo con un salvo-conducto imperial; se sometió y reunió su gente con la cual se puso á disposicion del exarca, bajo cuya direccion juntamente con otro jefe llamado Oso, al servicio del emperador, y con las fuerzas que mandaba, tomó varias ciudades á los longobardos.

El lenguaje del autor de esta carta (n.º 65 en la coleccion de Bouquet) es el de un superior á un inferior, de un soberano á un jefe bárbaro, porque le promete si cumple «su imperial benevolencia,» y le reprende despues su informalidad en estos términos: «Nos asegurais vuestra buena voluntad, como en tono variado y con muchas bellas palabras han hecho anteriormente los embajadores que nos habeis enviado, el obispo Jocundo y el camarlengo Cotro; pero es muy singular que por un lado manifiesteis intenciones rectas y querer conservar el buen acuerdo entre el pueblo franco y el imperio, mientras por otro no dais prueba alguna de amistad y el cabo de tan largo tiempo no habeis cumplido todavía lo que prometísteis en carta, lo que nos asegurasteis por medio de obispo y lo que reforzasteis con juramentos terribles. Para esto es excusado molestar á los embajadores haciéndoles recorrer tan grandes distancias por mar y tierra, si en lugar de encargarles la respuesta necesaria, jugais con frases y palabras propias de un joven y que no conducen á ningun resultado. No por esto hemos dejado de recibir á vuestros embajadores con benevolencia, no obstante haber conocido que no los enviasteis con intencion leal. Si quereis ganar nuestra amistad realizad con energía y sin tardanza todo lo convenido, y lo que nos asegurais solo con frases, ejecutadlo varonilmente y como corresponde á un rey. Vuestro decoro exige que por lo menos cumplais ahora lo que hemos pactado por escrito para conservar entre nosotros la concordia.»

Podria ser que el jefe de la expedicion del año 590 hubiese hecho la paz con el rey longobardo y regresado con sus fuerzas á su país contra lo mandado por Childeberto, porque los francos obedecian solo cuando les convenia; pero el rey era franco tambien y tan informal como los demás. De la carta que hizo escribir por su canciller Gogo al jefe bizantino Grasulfo, que se habia pasado al emperador como hemos referido, solo se saca en claro que pide una nueva remesa de dinero de la corte de Constantinopla por medio de Grasulfo, á vuelta de promesas y frases evasivas. En general el tono de Childeberto en sus cartas al emperador ó á sus representantes está muy léjos del lenguaje insolente usado por Clodoveo en su correspondencia, que respiraba el orgullo del vencedor próspero; pero con todo no se extinguió del todo la influencia del poder franco en el exterior hasta que, á la muerte de Childeberto, devoraron al pueblo franco guerras intestinas entre sus reyes menores de edad, ó mejor dicho, entre sus tutores y grandes.

CAPÍTULO X

DESDE LA MUERTE DE CHILDEBERTO II HASTA EL REINADO DE CLOTARIO II COMO REY ÚNICO, Ó SEA DESDE EL AÑO 596 HASTA 613.

Childeberto II murió en 596 á la edad de 26 años, y todo el imperio franco resultó estar en manos de tres niños: el trono de Chilperico estaba ocupado por Clotario II, y de los dos hijos de Childeberto, Teodeberto II heredó la Austrasia

PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

con la capital Metz, y Teodorico II el reino de Gontran con la capital Orleans. El primero reinó desde el año 596 hasta el 612, y el segundo tambien desde 596 hasta 613, ambos bajo la tutela de su abuela Brunequilda. Los jefes poderosos y díscolos habian conseguido lo que tanto deseaban alcanzar por medio de conspiraciones, esto es, ser independientes é imponer su despotismo turbulento y brutal; pero quedó un obstáculo, Brunequilda, la cual esta vez no quiso dejarse eliminar como á la muerte de su esposo, si bien luchando continuamente con los grandes, que de ningun modo quisieron reconocer lo que jamás habia sucedido en tribu germánica alguna, que una mujer gobernara á guerreros. A esta dificultad se agregaban la envidia y el odio de Fredegunda, que sedienta siempre de sangre no perdió la ocasion de hacer la guerra á su enemiga y á sus pequeños nietos; así es que pronto surgieron guerras interiores que debilitaron durante veinte años el imperio franco.

Los dos hijos de Childeberto se repartieron la herencia de su padre segun lo estipulado en el convenio de Andelot; solo que Teodorico recibió además de su parte legal la Alsacia, donde se habia criado (1).

Inmediatamente invadió Fredegunda con Clotario el territorio del difunto Childeberto «á la manera de los bárbaros (2),» y se apoderó de Paris y de otras ciudades (3). Cerca de Laffaux (4) se encontró su ejército con las huestes unidas de Austrasia y Borgoña, las cuales quedaron derrotadas. Esto impidió á Brunequilda rechazar con las armas á los feroces avares, que desde la Panonia habian invadido el territorio de los turingios, que se extendia entonces hasta el Danubio, donde dejaron muy mal paradas á las fuerzas francas, tanto que para impedir mayores desastres fué menester que Brunequilda comprara con dinero su retirada (5).

En el año siguiente, 597, murió la feroz Fredegunda tranquilamente en su lecho, señora de Paris, ciudad tan ambicionada por ella; y aunque ya no le fué dado verla, consiguió la ruina y cruellísima muerte de su envidiada y odiada rival Brunequilda.

Esta última se mantuvo en su puesto sosteniendo una lucha de todos los instantes contra los grandes y poderosos de la Austrasia. A su instigacion fué muerto en 598 Vintrio, el poderoso caudillo; pero al año siguiente tuvo que abandonar el país en un estado lastimoso, porque, segun cuenta Fredigaro, fué encontrada sola, sin acompañamiento, en un campo de Arcis-sur-Aube por un hombre pobre, que á su ruego la acompañó á la corte de su segundo nieto Teodorico. Este la recibió con mucha alegría y grandes honores, y recompensó á su ruego á su salvador con la mitra de Auxerre.

Por cuanto toca á esta recompensa ha de haber una equivocacion, porque casi puede darse por cierto que entonces ocupaba todavía la silla de Auxerre el obispo Aunacario, citado por Gregorio de Tours y que asistió á los concilios convocados por Gontran en los años 573, 583 y 585, y á su muerte le sucedió Desiderio, que ocupó su puesto hasta el año 623, y léjos de ser un hombre pobre y desconocido era de estirpe romana de las llamadas nobilísimas y estaba emparentado con los reyes.

(1) Así dice Fredigaro, cap. 37. Es la mencion mas antigua que se conoce hasta hoy del nombre de *alesaciones*, segun dice Schöppin en su *Alsacia ilustrata*, Colmar, 1751.

(2) Fredigaro, del cual el autor saca ahora sus datos principalmente, ó sea de sus traductores y glosadores, quiere decir: sin avisar, ni buscar motivo, ni declarar la guerra.

(3) Loughon supone que eran Soissons, Laon, Sens y Chartres.

(4) Entre Soissons y Laon, departamento del Aisne.

(5) Paulo Diácono.

En el reino de Teodorico ocupaban entonces los primeros puestos de la corte y los mandos en las ciudades, germanos y en especial francos. Uno de éstos llamado Coleno (ó Cuoleno) tenía la dignidad de patricio; en la mayordomía de palacio, puesto cada vez mas importante, sucedió en 603 al franco Varnario, que repartió entre los pobres toda su fortuna, otro franco, llamado Bertoaldo, hombre sabio, de buena conducta, valiente en la guerra y leal para con todo el mundo.

No tardó, sin embargo, Brunequilda en suscitar contra sí á los caudillos francos, también en la corte de su segundo nieto, quizás porque entreveía instintivamente que estos francos, turbulentos y poderosos, habían de ser la desgracia de sus nietos y del poder franco. Por esta razón ó porque era visigoda española y por lo mismo estaba acostumbrada á apreciar la mayor cultura, saber, talento y formalidad de los latinos, procuró con su influencia colocar en los puestos mas importantes, eclesiásticos y civiles, á personas de familias romanas ó galo-romanas, despidiendo á las de origen germánico. Estas familias, según se dice, le hacían la guerra en la corte y el elemento latino la apoyaba. Especialmente el alto clero, sin exceptuar los obispos francos, como Siagrio, de Autun, y como en otro tiempo Pretextado de Ruan, le profesaba mucha amistad, porque al casarse con Sigeberto había abjurado su fe arriana. Hasta el papa Gregorio I, el Grande, la honraba con sus cartas.

Este gran varón, jamás bastante alabado, se cuidó energicamente de las cosas del imperio franco, de lo cual darán una ligera idea las cartas que citamos mas abajo, especialmente para sacar recursos de la Iglesia y de los elementos laicos á fin de llevar adelante su idea favorita de convertir á los anglo-sajones de las Islas Británicas (1). En una carta del mes de setiembre del año 593 dirigida á la reina Brunequilda, le recomienda un sacerdote llamado Cándido, que enviaba á la Galia para administrar bienes pertenecientes á la Iglesia, y al mismo tiempo para entregar al rey Childeberto que entonces todavía vivía, una llave de San Pedro (2). Este Cándido tenía orden de comprar con las monedas de oro que reuniese de los bienes de la Iglesia en la Galia, ropas para los pobres y jóvenes anglo-sajones de 17 á 18 años, que según se desprende de este encargo se vendían en Francia entonces como esclavos, y educarlos en los conventos para dedicarles al servicio de Dios, es decir, para hacerles servir al cabo de cierto tiempo de misioneros entre los suyos en Inglaterra ó en el continente. En el mes de julio envió á la misma reina, por un sacerdote llamado Leuparico, las reliquias del príncipe de los apóstoles que Brunequilda había solicitado, y al obispo Paladio, de Saintes, reliquias de los mártires Lorenzo y Pancracio. Todo su afán se concentraba en ganar la cooperación tanto de Brunequilda como de sus nietos Teodorico y Teodeberto, ó de los grandes que gobernaban en su lugar, para proveer de recursos á Agustín (3), encargado de fomentar la conversión de los anglo-sajones en Inglaterra. En la carta de recomendación de este apóstol de Inglaterra expresa el papa el sentimiento que le causan los eclesiásticos del país vecino, es decir, el clero franco con su negligencia á cooperar á la conversión definitiva de los que ya mostraban inclinación hacia el Evangelio. También se han conservado de este papa cartas fechadas todas en 23 de julio del año 596 dirigidas á los obispos Pelagio de Turni, Sereno de Marsella, Eterio de Lyon, Virgilio de Arles, Desi-

(1) Véase la *Historia de los Anglo-sajones*, por Winkelmann, que forma parte de esta obra.

(2) Llaves forjadas de las cadenas de San Pedro, que aquel papa regaló en gran número á soberanos é iglesias.

(3) Jefe de una misión de 39 benedictinos enviada por Gregorio I en 596 á Inglaterra para predicar á los anglo-sajones el Evangelio.

derio de Vienne, Siagrio de Autun, Protasio de Aix, á Estéban, abad del monasterio de Lerin, y á Arigio, patricio de Galia.

A fines de aquel mismo año autorizó el papa á los obispos de las antiguas provincias romanas de Alta y Baja Germania ó sea de la cuenca del Rhin, á consagrar obispo al abad Agustín, el gran apóstol de los anglo-sajones. En mayo del año siguiente encargó á su lugarteniente ó vicario por la Galia (*presbyterum per Gallias*) la compra de cuatro siervos cristianos que estaban en poder de judíos de Narbona. En una carta del mes de julio (4) alaba el celo cristiano de los piadosos Dinamio y Aurelia establecidos en Francia, y dice que enviará el código prometido. En setiembre (597) escribió otra carta á Brunequilda, participándole que había enviado á su lugarteniente con permiso del emperador (5), el palio que la reina había solicitado para su amigo Siagrio, obispo de Autun, y al mismo tiempo vuelve á lamentarse del crimen de simonía, tan antiguo y tan profundamente arraigado en el imperio de los francos, donde se cedían á seculares las dignidades eclesiásticas y los obispados por favor y por dinero ú otras donaciones. También excita á combatir los cultos gentílicos; agradece en otras cartas la protección concedida al ya obispo Agustín; de quien escribió en julio de 598 á Eulogio, en Alejandría, que había bautizado en la fiesta de Navidad del año anterior mas de 10,000 anglo-sajones. En otra carta avisa el envío del código prometido. En el año 598 ó 599 contesta á Columbano, abad de Luxeuil, sobre la fecha en que se ha de celebrar la Pascua de Resurrección. En mayo ó junio de 599 aconseja al obispo Desiderio de Vienne que no saque al diácono Pancracio de la vida monástica que había elegido.

Curiosa es también la carta que escribió en julio del año 599 al obispo Sereno de Marsella, y que envió por el abad Ciriaco, portador también de otra carta para el obispo Siagrio de Autun. En la primera dice haber sabido que el obispo había roto y arrojado al suelo imágenes en las iglesias, y añade: «Aprobamos vuestro celo de no dejar adorar obra alguna hecha de mano de hombre; pero nos parece que no debierais haber roto aquellas imágenes, porque se emplea cabalmente la pintura en las iglesias para que las personas vean en las paredes lo que no saben leer en los códices.» Mas adelante, á fines de octubre del año 600, reprende el papa al mismo obispo por haber protegido la destrucción de las imágenes y le encarga que tranquilice á los fieles consternados y se aparte de las personas perversas, es decir de las personas enemigas de las imágenes. ¡Cuántas obras de arte se habrían salvado si los emperadores iconoclastas hubiesen prestado oído á esta consideración puramente religioso práctica á falta de otras de un orden mas elevado! En otras cartas recomienda el papa á Brunequilda y á muchos funcionarios influyentes otro enviado suyo, el abad Hilario; excita á la primera á encargarse á sus nietos que convoquen un concilio, es decir, que reconozca esta regala á los reyes francos. A este sínodo quiso que asistiese su legado Ciriaco, pero que fuese presidido por un obispo del país, el ya citado Siagrio de Autun, que había recibido el palio por su decidido apoyo á la misión entre los anglo-sajones. También replica el papa que la autoridad laica prohíba á los judíos tener siervos cristianos. En otra carta de julio de 599 encarga al obispo Virgilio de Arles que ampare los privilegios concedidos por Childeberto á un convento de aquella ciudad, reconocidos por los obispos anteriores de la diócesis. En cartas del mis-

(4) Todas estas cartas y las siguientes se encuentran en la *Re gesta Romanorum pontificum*, de Jaffé, Berlín 1851.

(5) Que según se desprende era necesario para este acto.

mo mes excita á los obispos Siagrio de Autun Eterio de Lyon, Virgilio de Arles y Desiderio de Vienne, á luchar contra la simonía; á no conceder la consagración episcopal á seculares sin la necesaria carrera preparatoria; á impedir que los clérigos tengan mancebas, y á reunir cada año en cada diócesis un concilio por lo menos. A este efecto encarga que se reúna un sínodo al cual deben asistir sus legados Ciriaco y Arigio, á fin de que el primero le lleve á su regreso la relación de lo actuado, redactada por Siagrio como presidente. Igual encargo da á Arigio, autorizándole á él y á su arcediano para llevar las dalmáticas de que había sido portador Ciriaco. Deseando el obispo Desiderio de Vienne también el privilegio del palio, que desde antiguo gozaban los obispos sus predecesores, le contestó el papa pidiendo le remita los documentos (1) relativos á este privilegio, puesto que no se habían encontrado en el archivo eclesiástico de Roma.

El papa, en su solicitud por robustecer y extender la autoridad pontificia y la de Cándido, su representante en la Galia, envió un sacerdote romano llamado Aurelio con encargo de concederle una parroquia ó abadía en la Galia; utilizó á los obispos que le deben gratitud, como el de Autun, para enseñar al mundo que el brazo del poder papal llegaba á todas partes, y le encargó que sujetara á la disciplina á los obispos discolos ó de mala conducta que de Italia solían pasar á la Galia y obligara á dos de ellos, Menates y Teodoro, á volver á Italia. También encarga al mismo obispo que pida á los reyes, hijos de Childeberto, que restituyan al obispo Urticino de Turin las parroquias situadas en territorio franco, que le habían sido arrebatadas después de saqueadas y de haberse llevado á Urticino prisionero, y habían sido concedidas después á otro obispo contra lo prescrito por los cánones. Finalmente reprende al mismo Siagrio y al obispo Virgilio de Arles por no haber impedido el casamiento forzoso de una monja llamada Siagria, y les manda dejar á esta monja en libertad de disponer de sí misma.

En el año 600 los dos hijos de Childeberto, á pesar de la gran derrota que sus huestes habían sufrido inmediatamente después de la muerte de su padre por las fuerzas de Clotario, hijo de Fredegunda, se aliaron para reconquistar de éste lo que les había arrebatado, y, si podía ser, arrebatarle á su vez lo que pudiesen. Dijose que habían presagiado esta lucha varios globos de fuego que atravesaron la atmósfera y una espesa multitud de lanzas de fuego que cayeron del cielo al anochecer.

Los pocos datos que tenemos de las guerras de aquella época, que mas que guerras hechas con arreglo á un plan de campaña meditado, eran correrías de pillaje y excursiones devastadoras, no permiten fijar con precisión ni rutas, ni operaciones estratégicas, ni los lugares donde éstas se llevaron á cabo; pero esta vez podemos distinguir las capitales Metz y Orleans como puntos de arranque de las dos huestes aliadas, y la reconquista de Paris como su primero y principal objeto. El punto de unión de las dos huestes no pudo ser sino la comarca entre Sens y Montereau, porque el ejército enemigo había tomado posición al parecer un poco al Norte de Dormelle, en el ángulo que forma el Loring en su confluencia con el Sena. El ejército de Clotario fué allí derrotado completamente; pero el joven rey, que contaba entonces 16 años, pudo escapar con los restos de su hueste deshecha. Entonces los vencedores asolaron, como de costumbre, las ciudades y comarcas ribereñas del Sena; destruyeron las plazas fuertes, se llevaron con el botín muchos habitantes prisioneros, y Clotario, mal de su grado, en el tratado de paz á que se vio obligado tuvo que ceder á Teodorico

(1) *Tabulae*, porque estaban escritos en tablitas enceradas.

todo el territorio situado entre el Loira, el Sena y el mar, inclusa la Bretaña, y á Teodeberto el país comprendido entre el Sena, el Oise y el mar, excepto doce distritos, que fueron los únicos que quedaron de todo su reino al hijo de Fredegunda.

Con esto pareció decidida y concluida la larga lucha entre la casa de Sigeberto y la de Chilperico, cuyo hijo, al principiar el siglo VI, quedó reducido á la impotencia. Sin embargo, doce años después, una serie de sucesos imprevistos, y principalmente el egoísmo de los caudillos francos y las discordias de los dos nietos de Sigeberto, le elevaron al puesto de rey único de todo el imperio franco.

Al principio pareció que los dos hermanos querían seguir la conducta prescrita por la prudencia mas elemental: la de la unión y de la concordia, porque en el año 602 enviaron de comun acuerdo un ejército contra los vascos, á los cuales vencieron é hicieron tributarios y nombraron un gobernador, llamado Geniales (ó Gemialis ó Gelianes), que tuvo á la población sujeta; pero no se sabe si este gobernador gobernó á nombre de los dos hermanos, que en este caso se habrían repartido los tributos, ó si se repartieron también el territorio.

De este mismo año 602 se refiere un hecho, que probablemente no fué el primero de su clase, pero que denota claramente la influencia deletérea que ejercen la prosperidad, la abundancia y el poder sobre una raza ignorante que se enseña de un país rico y productivo y de una población mas numerosa y mas civilizada. Esta influencia devoró rápidamente corporal, moral é intelectualmente á la familia merovingia. El hecho de que se trata consistió en el nacimiento de un hijo que tuvo el nombre de Sigeberto, engendrado por el adolescente Teodorico, que no contaba todavía 15 años, en una concubina.

El año anterior había sido muerto Cautino, jefe de la fuerza armada de Teodeberto, y la crónica atribuye esta muerte á los consejos de Brunequilda, que no obstante ningún consejo pudo dar en la corte del reino que había tenido que abandonar en tan mísero estado, como hemos referido; pero el mismo Fredigaro refiere que también á su instigación fué muerto el patricio Egila en la corte de su otro nieto Teodorico, no porque pudiera acusarse de ningún delito, sino únicamente para apoderarse el rey de su hacienda confiscándola.

Según se desprende de la narración de Fredigaro el joven Teodorico pasaba el tiempo entre sus mancebas y sus ejercicios devotos. En 602, el obispo Iconio de Saint-Maurice tuvo un ensueño en el cual se le mandó que fuese á buscar el cadáver de San Víctor, que con San Urso había sufrido por su fe el martirio en Saloduro y cuyo cadáver encontraría en un arrabal de Ginebra, en la iglesia mandada construir por la reina Sedeleuba, hermana de Santa Rotehilda y cuñada de Clodoveo I. Se cita por primera vez á estos dos santos como pertenecientes á la legión tebaica, que por orden del emperador Maximiano fué diezmada por haberse negado á tomar parte en un sacrificio pagano. En la narración fabulosa de este suceso por Euquerio, casi dos siglos y medio después de haber ocurrido, se cuenta que los mártires decapitados llevaron ellos mismos sus cabezas al sitio donde deseaban ser sepultados.

El obispo Iconio fué á Ginebra, donde después de ayunar tres días, con sus colegas Rusticio y Patricio, vieron en el sitio donde estaba el cadáver una luz; orando y con los ojos bañados en lágrimas levantaron la losa, debajo de la cual encontraron al santo dentro de un ataúd de plata, con la cara sonrosada como si viviese (2). Al saber lo ocurrido,

(2) Habiendo pasado 315 años desde su muerte, que tuvo efecto en el año 287.